

De construcciones y conocimientos

Claudia San Román Aladro

Alcántara Mejía, José Ramón. *Teatralidad y cultura: hacia una est/ética de la representación*. AlterTexto 3. México: Universidad Iberoamericana, 2002.

Hay una protesta radical, protesta contra la idea de una cultura separada de la vida: Antonin Artaud, en los años 30, enarbó este estandarte. La cultura petrificada de Europa, decía Artaud, no encuentra resonancias en lo mágico de la vida, en la exaltación de los sentidos; por lo tanto, su búsqueda en el teatro, el espacio donde las sombras no toleran ninguna limitación, pretende recuperar el espectáculo verdadero de la vida. Hoy en día la pregunta es por el teatro, por este teatro de reconciliación con lo mágico, pero incluso también por la manifestación teatral en general. Difícil proponer respuestas o atisbos siquiera.

Lo que sí es posible es la reflexión teórica, el análisis detallado del fenómeno y quizá de aquí dar un salto a la vida real, en-carne, de este teatro. *Teatralidad y cultura: hacia una est/ética de la representación*, de José Ramón Alcántara, es un buen trampolín; se habla de construcción, de pedazos que deben armarse para dar sentido, de voces que hacen una escritura del cuerpo para representar una verdad. Cualquiera que ésta sea. Se habla, también, de la construcción de un personaje en donde se funden todos los seres que nos habitan. Se tocan la ética y la estética, pero sobre todo el teatro y para hacer una propuesta teórica de éste.

De la construcción de estos andamiajes se desprenden, fundamentalmente, dos preguntas: qué relación se debe establecer entre teatralidad y cultura y, por otro lado, qué quiere decir “est/ética de la representación”. Para dar alcance a las preguntas propuestas, el autor aventura como definición de cultura la construcción de significado, partiendo de la experiencia, para establecer con el teatro un vínculo que se da a varios niveles: ambos recogen las raíces más profundas de la experiencia humana en los ritos y, sobre todo, en la implicación de la construcción compleja de un entramado de valores y cuestiones de orden ontológico.

Este vínculo cultura-teatro se perfila con una visita profunda a la *Poética* de Aristóteles para proponer una estética de la representación, dar a luz una teoría teatral. Es un hecho que el teatro descansa en la representación, en la imagen que al plasmarse abre un mundo y encuentra otra imagen interna para volverse un acto significativo; sin embargo es esencial no dejar de lado el hecho de que una teoría teatral debe comenzar por el texto dramático, el cual parece siempre lejos de la discusión. Toda representación se origina en y por la lectura del texto dramático; ésta es la primera representación que el lector debe concretizar, siempre con la clara conciencia que fue un texto realizado con la intención de convertirse en una representación. Para fortuna nuestra, como lectores de esta propuesta teórica, encontramos una invitación a “la integración de la textualidad y de la teatralidad como un proceso sintético similar al proceso metafórico” (159).

Para alcanzar a comprender cómo es posible este vínculo cultura-teatro es necesario partir de esta unión textualidad-teatralidad por medio de los comunes denominadores que la misma *Poética* propone, tales como *mimesis*, *poiesis*, *aestesis*, etc. La teoría teatral que se pretende instaurar resalta la diferencia entre *mimesis* y *poiesis* como el primer escalón que debe subir el lector. Ésta última, la *poiesis*, es la capacidad de dar forma, mientras que la *mimesis* debe comprenderse como una actividad de corte representacional. El artista es quien lleva a cabo este acto, domina la técnica (*techne*) y es capaz de ver en su mente una forma de relacionar objetos (reales y mentales). Hay una construcción propuesta: el artista, por el acto *poietico*, es capaz de dar forma. Es necesario entender que la *poiesis* no se limita únicamente a la construcción de versos: su finalidad no se limita a la cosa en sí, sino más bien al ser de la cosa, lo que hace que se convierta en un acto, es decir, un acto *poietico* que tiene como intención la de revelar cierta forma de conocimiento; además hace partícipe a la imaginación, lo que nos invita a pensar de otro modo e iniciar un camino para buscar una verdad.

Aquí hay elementos que no se deben perder de vista; la *mimesis* de las acciones humanas está estructurada bajo el rigor del *mitos*, el cual se topa con el *ethos*, entendido como la articulación entre el ser de la ética y la ontología aristotélica. En el teatro sucede que la naturaleza del ser se aleja del mundo de la especulación para actualizarse en el espacio y en el tiempo, en un momento de revelación de este verdadero ser.

Pensando en este ser, es posible establecer qué se debe entender por *poiesis*: si tomamos lo que el término en griego implica, vemos que se trata de la escritura de versos. En sus orígenes, tenía que ver con la composición o la construcción. Bajo una estricta lectura aristotélica la encontramos asociada indisolublemente con la metáfora, entendida como una manera de ver, de relacionar objetos y construir algo que trascienda. Por lo tanto, la *poiesis* nos sugiere ese *más* allá de lo que se dice. El teatro es producto de éste *más*, es la expresión de otras realidades que no pueden ser expresadas de manera directa; es, entonces, una actividad metafórica: “el teatro es una actividad eminentemente metafórica porque consiste en establecer relaciones para crear una construcción que alude a algo más que a sí misma” (16).

El teatro como metáfora se lee desde Aristóteles, desde Paul Ricoeur, quien recupera el sentido original de la metáfora, pero también desde las relaciones inevitables entre *poiesis* y *techne*, donde la creación y el arte permiten construir y ver ese más allá de lo que se dice. La metáfora que construye el teatro requiere de una participación total en la actividad dramática para invitarnos a la contemplación total, al encuentro de los sentidos con la razón, en el gozo absoluto, en la contemplación con los ojos del cuerpo sensible.

La propuesta de una estética de la representación invita al lector a percibir a la *poiesis* teatral como la construcción del objeto artístico, del espacio, de la luz, del sonido y los cuerpos, en la proyección de una idea que no verá su realización sino hasta que el espectador comparta la experiencia y haga de esta *poiesis* una *aestesis*, una integración de voces y cuerpos.

La cultura, en este moverse para perpetuar sus construcciones de significado, requiere del vínculo con la teatralidad entendida como estructura signifiante del drama. El vínculo teatro-cultura se hace manifiesto y sobre todo muestra lo implicados que están, lo imbricados que sus respectivos destinos se encuentran.

Hablar de una est/ética de la representación implica tomar en cuenta a ese ser del teatro que revela verdades en el escenario, a los valores que carga y al texto dramático que fue *poietizado*, construido para ser-en-el-escenario. Se mueve el personaje, el *ethos*, y teje la trama. El *ethos* es esencia del teatro, es un cuerpo construido por múltiples voces, el personaje representado es lo que crea la estructura teatral: “el *desarrollo* del personaje teatral es lo que crea la teatralidad” (94). El nombre griego que designa al personaje es *ética*, lo que implica que el personaje construye su personalidad a partir de la formación de su carácter.

José Ramón Alcántara propone que entendamos por ética el arte de actuar en la vida real y en la representada. Esto es auténticamente el cuerpo, la escritura del cuerpo, que hace en la vida lo que la vida le invita y lo que convierte al cuerpo de la escritura del actor, en una gestación en escena: la del personaje que habita y deshabita cada noche.

El personaje es más que el *ethos*, más que la construcción de un carácter y que la constante escritura del cuerpo: es una entrega, un ofrecer una estética, una est/ética, para dar ese sí al ser del *ethos* que se construye en la representación. Es necesario dar igualmente un sí a una construcción estética del “sí mismo” del actor. Sin embargo, esta construcción estética es también una construcción del mundo y de los otros, los espectadores.

Es imprescindible enfatizar que lo fundamental de *Teatralidad y cultura: hacia una est/ética de la representación*, es su búsqueda por el conocimiento, a modo de pregunta que queda pendiente todo el tiempo y parece que se perfila en cada vuelta sobre diferentes temas. El autor nos dice que la teatralidad propone o va hacia un nuevo conocimiento, que *lapoiesis* es un arte de la construcción de un objeto de significado que una vez representado nos invita a otro tipo de conocimiento; es lo que Artaud en su protesta pide a gritos, una feliz unión entre el teatro y la cultura, entendidas ambas desde otra perspectiva: desde *lo viva*.

La búsqueda de un nuevo conocimiento implica la articulación de este conocimiento en la teatralidad con los modos en que se hace concreta la experiencia para ser llenada de nombres. Nombres que el acto significativo, producto de la reconfiguración del acto *poietico*, surgen en la propia creación del espectador, gracias al proceso metafórico que implica el vínculo textualidad-teatralidad. Un nuevo conocimiento parece la meta precisa, el salto cuántico de la est/ética de la representación.

Y por último cabe preguntarse por el propósito del teatro, ¿tendrá algún propósito? El autor se suma a la lista encabezada por Aristóteles en donde la finalidad del teatro es propugnar por una formación del ser humano para pertenecer a una comunidad. Aquí es donde cabría hablar de la estética y la ética. El principio rector de la *poiesis* es la *aestesis*, para que la creación logre su cometido es necesario ese sentimiento estético, es decir la recepción. La pregunta gira en torno de qué va a pasar con el resultado, cómo va a ser aprehendido, qué efecto producirá. La ética tiene un lugar en esta formación de comunidad: los principios que se asientan en la construcción de un personaje, lo que encarna del personaje

construido en el actor de carne, necesariamente impacta en una formación comunitaria entre los espectadores. Hace eco, encarna en aquel que ve y experimenta.

Teatralidad y cultura: hacia una est/ética de la representación resulta indispensable para todos los interesados en la reflexión del fenómeno teatral, entendido como una dimensión no verbal y como la actividad artística verdaderamente simbólica, aquella que nos invita a volver al rito, a los orígenes. Pero lo importante a resaltar es que aunque se trata de una propuesta de teoría teatral que recupera fundamentalmente la *Poética* de Aristóteles, no olvida la reflexión de Paul Ricoeur respecto del tiempo, la narración y la metáfora; se ocupa, también, de esbozar los caminos de Stanislavski, Grotowski y Artaud; pero sobre todo propone una nueva lectura del fenómeno teatral desde la construcción del texto dramático hasta su realización plena en la construcción de nosotros como lectores/espectadores.